

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

REFLEXIÓN 2

LA DISCIPLINA DEL PERDÓN

CUARTA SEMANA

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO A LA
PROFESORA WALESKA VEGA JIMÉNEZ
EN CUMPLIMIENTO DE LOS REQUISITOS DEL CURSO
ESPIRITUALIDAD CONTEMPORÁNEA (ONLINE)

POR

2548 - SYLVIA CINTRÓN HERNÁNDEZ

SAINT JUST, P.R

7 DE DICIEMBRE DE 2023

LA DISCIPLINA DEL PERDÓN

Meditando sobre las bases bíblicas del perdón; vemos que, al respecto las Sagradas Escrituras nos ofrecen muchos ejemplos. Desde la oración modelo del Padre Nuestro, hasta en cada historia plasmada en la Biblia, podemos ver el elemento del perdón; como un requisito indispensable para nuestro crecimiento. Al pensar en la historia de José, el trato cruel por parte de sus hermanos, y el resto de las experiencias en su proceso de vida, viene a mi mente la palabra taller. Y es que, a medida que fue desarrollándose su historia, José fue adentrándose en lo que yo llamaría un discipulado o taller intensivo de formación del carácter.

Entonces, una historia que parecería tan lejana en el tiempo se convierte cercana; porque la gran realidad es que cada persona que pretende vivir a los pies del Maestro le es necesario iniciar en este taller. Son tan cercanas estas historias, porque todos en algún punto de nuestras vidas estamos frente al reto de ser obedientes y otorgar el perdonar, aceptar el perdón de otros, o de elegir perdonarnos a nosotros mismo. Por esta razón es que, concibo el perdón en acción como un requisito para nuestra comunión con Dios.

En mis lecciones de vida, y en medio de mi propio discipulado hacia el perdón, nunca consideré, ni me vi como una esclava, que debe hacer lo que su amo le exige. Más bien, siempre me he visto como la hija que procura hacer todo por amor y obediencia a su Padre celestial. Por otro lado, debo decir que cuando me cuesta caminar en obediencia, le pido al Señor que me conceda la voluntad para hacer las cosas a su manera. Creo que la forma en la que asimilo este tema tiene mucho que ver con mi crianza durante mi niñez temprana y mi adolescencia.

Vengo de un hogar en el que el ejemplo que tuve como padre fue uno muy violento, tanto en palabras como en acciones. Las palabras de aliento y de ánimo en mi adolescencia siempre escasearon. Entonces, cuando Dios sale al encuentro en mi vida con mayor insistencia y urgencia, lo hizo como un padre, ese Padre tierno que yo nunca había podido experimentar ni disfrutar. De hecho, la figura paternal del Señor está tan fuertemente arraigada en mi ser, que me dirijo a él como Padre, Papá, Abba o Papito mío. Entonces, caminar en obediencia a Papá tiende a ser una experiencia mucho más dulce y cercana, en esos momentos de gran reto. Pero en efecto, Papá es mi Señor, mi Dueño, el que me exige porque me conviene.

Pudiéramos decir que, según cada caso, perdonar puede ser algo sumamente costoso y de gran peso. Al inicio de mis primeros pasos en plena conciencia, de la mano del Señor, pude

experimentar situaciones muy incómodas en las que yo no era capaz de perdonarme, me exigía mucho. Abracé con tanta pasión mi conversión que, muchas veces en lo personal practicaba el perdón para otros; pero conmigo misma no sabía, o no lograba entender que también era merecedora de misericordia por parte de mi Padre celestial. Fueron días en los que me exigía perfección. Sabía que mis errores Dios los perdonaba, pero yo no era capaz de perdonarme. Me costó mucho asimilar el hecho de que muchas veces debemos otorgarnos el perdón a nosotros mismos. Esto fue así hasta que el Señor iluminó mi entendimiento, haciéndome comprender que él ya me había perdonado; y si él me había perdonado, quién era yo para juzgarme y condenarme. Ese día sentí tanta vergüenza...y es que, pretendiendo ser perfecta, estaba caminando en desobediencia. Sin lugar a duda, perdonarme me costó; pero el Señor me liberó de esa prisión.

La virtud sanadora y liberadora del perdón la podemos experimentar al caminar en obediencia a la palabra que nos presenta la carta a los Romanos 12:18. Ese llamado a vivir vidas que procuran la paz, no es posible, sin antes experimentar una práctica activa del perdón. López Borrero dice, y le cito: “Necesitamos perdonar a quienes nos han dañado porque solamente así podemos desprendernos del dolor que nos embarga y seguir adelante con nuestra vida”. También dice que: “El perdón produce paz interior y felicidad; convirtiéndose de esta manera el perdón es una especie de llave maestra de la vida”. ¡Cuánta verdad nos comunican sus palabras!

Estas palabras son muy significativas para mí; pues me remontan alrededor del año 2010. Mi mamá y yo teníamos un negocio, y en esos días los ingresos no iban muy bien. Ante esa situación, le dije a mi madre que no me pagara, para que las finanzas del negocio no se afectarían más. Estaba dispuesta a trabajar sin paga para apoyarla. En ese tiempo, yo también tenía un part-time y con lo que ganaba podía manejarme bastante bien. La situación fue haciéndose más difícil, en el negocio y en mi otro empleo también. Por esa razón, no pude hacer los pagos de mi guagua a tiempo. Era una guagua que estaba a punto de saldarse; pues solo le faltaban 3 pagos, y no los pude hacer. Mi mamá le contó a mi padre lo que me estaba pasando y fue al negocio. Al verlo me sorprendí, porque en ese tiempo mis padres ya estaban divorciados y no había mucha comunicación. Se dirigió hacia mí y con un cheque en la mano me dijo que, sabía lo que estaba pasando; que no me preocupara, que él se encargaría de lo que faltaba por pagar de la guagua. Por un momento di las gracias a Dios, le acepté el cheque y le di las gracias. Pero fui muy ingenua, porque acto seguido mi padre me dijo que al aceptar el cheque tenía que reconocer que

Dios y mi iglesia me habían fallado; y que estaba haciendo el ridículo al vivir la vida con la gente de la iglesia. Luego me dijo, que no se me podía olvidar que quien me estaba ayudando era él y no Dios ni mi iglesia. Para mí fueron tan fuertes esas palabras, que las sentí como una blasfemia...en ese momento fue como si el mismo satanás me hubiese hablado. Entonces, aún con el cheque en mi mano, y con una calma que solo viene de Dios, le dije: “Ay papi...yo sé que estás preocupado por mí y te entiendo. Sé que desde tu posición de papá te debes inquietar porque las cosas no parecen irme bien, y te entiendo. De verdad que te doy las gracias por el gesto, por preocuparte, por llegar hasta aquí y estar dispuesto a ayudarme; pero bajo las condiciones que me pides, no puedo aceptar el cheque...gracias de verdad, pero no puedo aceptarlo”. Le entregue el cheque...y estaba muy consciente de cuán cuidadosa fui en cada palabra que pronuncié, porque no quería ofender su orgullo, ni que me viera como una mala hija. Pero, mi acción lo llenó de ira, comenzó a gritarme y a romper el cheque en pedazos, me lo tiró en la cara, mientras hacía gestos violentos, pero sin tocarme. Recuerdo que me dijo que esperaba que las cucarachas nos comieran vivas a mi mamá y a mí. Yo no contesté ninguno de sus insultos, me mantuve en silencio, no me defendí. Sólo pensaba que él se estaba dejando usar por el enemigo...y me repetía en la mente “Te perdono, te perdono”. Como no le contesté se fue del negocio. Recuerdo que, en ese momento irónicamente yo me quedé con una sensación de paz y calma; y con un convencimiento absoluto de que el único Papá en el que podía confiar era en Dios, y que estaba en sus manos.

Esta experiencia me dejó muy pensativa durante días, pues mi reacción fue muy distinta a la que hubiese tenido en años anteriores. Pude ver que, desde mi conversión, Dios me había llevado por un discipulado intensivo sobre el perdón; que, a su vez me llevaría hacia mi sanidad y mi liberación. Una sanidad y liberación que me impulsó durante décadas a presentar a papi en oración; mientras iba aprendiendo a verle con ojos de misericordia y de amor incondicional.

La práctica del perdón como disciplina ha sido una herramienta con la que el Señor comenzó a trabajar conmigo. Mientras leo el capítulo, voy recordando momentos en mi vida en los que mi Señor fue trabajando conmigo el sentimiento de culpa. Es una realidad que, en la medida que practicamos el perdón para otros y para nosotros mismos se va convirtiendo esta práctica en nuestro estilo de vida. Un estilo de vida que no nos hace ser más santos que nadie, ni más perfectos que nuestros semejantes; y tampoco nos hace más capacitados para ir al cielo. Es

más bien, un estilo de vida que nos hace muy conscientes de la dependencia que tenemos de nuestro Padre celestial; impulsándonos a una mayor intimidad con él.

Volviendo a mi testimonio, unas semanas más tarde, el banco se llevó mi guagua. En mi oración le dije al Señor, que me había mantenido fiel, confiando en él, que no me iba a desesperar. Le dije que el asunto de la guagua ya no era mi problema, que ahora ese asunto era de él. Al no poder asistir a la iglesia, el pastor le preguntó a mi mamá que estaba pasando, y si estábamos bien. Mi mamá le contó todo lo que había sucedido; y él me preguntó por qué no le había dicho nada. Para la próxima semana, tuve mi guagua de vuelta; Dios tocó a mi pastor para que fuera él quien cubriera el saldo de la guagua. Entonces aprendí que, en cada perdón hay una lección, y en cada lección aprendida hay una intimidad más profunda en nuestra relación con nuestro Padre.